Luis Escalona,
un nazareno de siempre

Juan Luis Plaza

Sólo habían pasado seis días desde el final de la Guerra Civil, el episodio más triste de la historia reciente de España, cuando el entonces niño de seis añitos, vestía por primera vez la túnica blanquimorada del Santísimo Cristo de la Expiración. Luisito, como le llamaban a aquel pequeño nacido en 1932, sentía lo que suponía un Jueves Santo en Jaén, cuando Jesús mira al cielo en el último suspiro de vida que se escapa hacia el infinito de la Gloria. Hoy, con 81 primaveras de lirios y azahar, cuelga la túnica en el armario, dice que para siempre. Al menos así lo sugiere su esposa y lo piden sus hijas, aunque él prefiere no darlo por sentado y espera la fuerza suficiente para estar, otra vez, junto al crucificado de San Bartolomé.

Una conversación con Luis Escalona Cobo es algo similar a abrir una enciclopedia cofrade jiennense. Por más horas que indagues en su pasado, nunca se termina de conocer el todo de un mundo cofradiero que, a su ritmo, también cambia al compás de los tiempos y la sociedad. Es por ello, por lo que hablamos con quien suele ir en silencio y escribimos de quien suele ser más autor que protagonista. Porque detrás de Luesco, como firma sus artículos titulados "Siete Lirios al Cristo de la Expiración" que publica Diario Jaén cada Cuaresma al celebrarse el Septenario, más allá de sus pregones a las Hermandades de los Estudiantes, Estrella, o del Costalero, entre otros, e incluso por encima del Pregón de la Semana Santa de Jaén que pronunció en 1996, Luis Escalona es nazareno, es un veterano hermano de luz. Una figura poco valorada en la actual Semana Santa donde el efectismo del costalero o la uniformidad de las formaciones musicales han atraído a la juventud cofrade dejando al traje de estatutos en un segundo plano.

Nos recibe en su casa, tribuna de lujo cada Lunes Santo para ver la salida y el regreso de la Amargura, si no fuera porque ese mismo día, su otra Hermandad le hace estar a lado de María Santísima de las Lágrimas. Sobre la mesa camilla, fotografías en blanco y negro de tiempos de juventud y otras en color donde el paso de los años marca arrugas más allá de la túnica.

"Mi madre me hizo la túnica en 6 días", recuerda Escalona con cierta añoranza mientras empieza a abrir el baúl de la memoria donde su padre emerge

como figura esencial para entender su vinculación a la Cofradía de San Bartolomé. "Mi padre, Luis Escalona Mirez, era cantero y fabricano del Cristo de la Expiración", comenta puntualizando la diferencia entre el fabricano y el capataz que hoy se emplean erróneamente como sinónimos en el argot cofrade. De montajes y desmontajes vistos en el referente paterno nace una unión perpetua con el Señor atribuido a José de Medina.

Todavía muy pequeño, salía acompañado por su tío y su primo Eduardo y son muchos los recuerdos de aquellas primeras primaveras en las que un país herido por dentro, intentaba salir de una situación social tan delicada que las Cofradías, como hoy, desarrollaban un papel esencial cuando se hablaba de acción social y caritativa.

Sin embargo, por pequeño que fuera Luis es tajante: "Nunca he ido a una procesión como si se tratara de un juego. Esto no es una Cruz de Mayo, me decía mi padre, y siempre me he mantenido en mi fila rezando", subraya este penitente orgulloso de su papel en la procesión.

En 1947, estudiando en el Colegio de San Agustín, acudieron a hacer cofrades de una Hermandad que se acababa de fundar, la de los Estudiantes. "Fue entonces cuando me hice cofrade junto a algunos de mis compañeros del colegio. En aquel año salí en la que fue la primera salida procesional de la Hermandad estudiantil y desde entonces he estado con ella, primero desde Santa Clara y después de la Merced, la Catedral o Belén y San Roque, en las idas y venidas de sede que ha tenido la Cofradía".

Solo un paréntesis de 12 años consta en su larga trayectoria como hermano de luz. La enfermedad de su hijo le obligaba a estar con él, aunque bien es cierto que desde la acera contemplaba con cierto "pellizco", el caminar de sus Hermandades. "Entendí que debía estar con mi hijo y creo que el Señor también lo entendió así".

Ha vestido las túnicas de la Expiración, los Estudiantes, Nuestro Padre Jesús, y en una ocasión, las del Silencio y la Buena Muerte. Y aunque es y se siente nazareno, también es considerado un maestro y pionero de aquellos hermanos costaleros que compartían trabajadera con los costaleros "profesionales". De sus años bajo los pasos, Luis destaca la unión con esos hombres que acudían a portar los tronos por un pequeño estipendio. "En muchas ocasiones, el salario se reducía a un cartón de tabaco Celtas y vino para estos costaleros que, sin ser hermanos, demostraban un gran respeto por lo que hacían y para quien lo hacían".

Después de seis décadas alumbrando con su cirio, siente un gran orgullo, y agradece a Dios la fuerza dada para estar junto a él cada Semana Santa. Muchos son los recuerdos, y las emociones cuando se camina junto a Cristo y que marcan al penitente. "Cuando ves a la gente en la acera, me sorprende que muchos están llorando. Los que vamos en la fila vivimos una Semana Santa distinta, porque comprobamos las súplicas, los ruegos, las alegrías desde dentro. Por eso, hay imágenes y momentos que te marcan. Uno va rezando por sí mismo, por su familia y por quienes se encuentra a su paso", comenta antes de relatar las oraciones que suele rezar en la procesión: los cuatro misterios del Rosario, el Vía Crucis, los Dolores de la Virgen, o las Siete Palabras.

Y cuando llega el final, ¿qué siente el nazareno? Según Luis Escalona, "cuando terminas la procesión y estás en la parroquia tienes la satisfacción de haber cumplido un año más. Me abrazo con muchos amigos con el deseo de repetir el próximo año, rogando la fuerza y la salud de poder estar otra vez y cumplir con la obligación de ser cofrade". De ahí que, no entienda cómo se puede ser cofrade sin participar en la Estación de Penitencia. "Es cierto que hay gente muy activa en la vida de la Hermandad y luego no se visten el día de la procesión. No le encuentro explicación salvo que sea por motivos mayores".

Como es lógico, la conversación se va acercando a la actualidad y al pararnos en ella, existe un tema candente y delicado al que este comprometido nazareno encuentra fácil explicación. Seguramente, lo complejo está en descubrir soluciones. Se trata de la crisis de hermanos de luz en nuestras cofradías, con las excepciones conocidas por todos. "Es cierto que cada vez hay menos nazarenos y no lo entiendo, porque aquí no hay que pagar grandes cantidades de dinero como ocurre en otras ciudades. Una razón es que la juventud se ha dedicado últimamente a la música y a ser costaleros. Y todavía es de agradecer que la juventud se implique en las cofradías, de una u otra forma, aunque me da pena que no vayan a Misa ni a los Oficios de Semana Santa. Son pocos los que asisten a los cultos, de hecho, siempre vemos las mismas caras. No podemos olvidar que lo primero es ser cristiano y luego, cofrade. Por eso, no comparto que se vaya a la procesión y no ir a los Oficios, ni visitar los Monumentos al Santísimo y ni acudir a la Vigilia Pascual, que si dura mucho, más larga es la procesión y la aguantamos. La espiritualidad la hemos dejado a un lado y como decía Monseñor Amigo Vallejo, las cofradías son como una cebolla, lo que vale es lo de dentro. Lástima que algunas veces nos quedemos con las capas de fuera.".

Para Luis, las soluciones pasan por la formación cristiana y cofrade y en este punto hace responsables y copartícipes a todas las partes. "Hay que atraer a toda esa gente, y esa es labor de la cofradía, pero también hay que responsabilizar a los sacerdotes para que den la mano a las cofradías, comprendan a los cofrades y puedan caminar juntos al lado de Cristo y María".

No obstante, a pesar de que la tendencia en el cuerpo de hermanos de luz es a la baja, a Escalona le sorprende que surjan nuevas cofradías. "Si nos fijamos en la proporción con respecto a la población, hay más cofradías en Jaén que en Sevilla, por eso, aquí siempre somos los mismos, aunque uno es cofrade de una Hermandad por encima del resto. A mí no me valen los fichajes para estar en una junta de gobierno u ocupar un cargo", señala. "Veo bien que haya más cofradías pero las distancias cada vez son más grandes

y dudo si seguirán. Lo que está claro es que hay que hacer cofradías con el cimiento firme. Trabajar en su barrio para que cuando suban a Jaén estén arropadas para regresar".

Ya al final de la tarde, con la certeza de que podríamos pasar muchas más horas hablando de cofradías, Luis relata su peor trago vivido como hermano de luz. "Fue en 1999, cuando al Cristo de la Expiración se le partió el brazo a la altura de la Plaza de los Jardinillos. Me desmayé de la impresión y Ramón Guixá me sostuvo. Aquello resultó muy duro". Y es que en tantos años, Luis ha experimentado el esplendor de días de calor y bullicio, momentos amargos de suspensión por la lluvia, o incluso se ha mojado, como el pasado año cuando terminó el Jueves Santo mojado y fatigado por las prisas de la recogida.

Por último, tras la larga procesión de la vida, este nazareno de figura inconfundible a pesar del anonimato del caperuz, se queda con la gente, personas que ha conocido gracias a su activa participación cofrade, un listado interminable que parece relatar con un guión escrito en su lúcida mente. Son tantas, que seguro que la omisión de alguna podría generar controversias. Por ello, solo pondremos a dos que ya no están con nosotros, "Manuel Cañones, un gran cofrade, y Alberto Sánchez Estrella, amigo desde finales de los 70". Referentes de generaciones pasadas y ejemplos de generaciones futuras donde la figura de Luis Escalona Cobo, Luesco, también quedará grabada, seguramente por sus pregones, sus libros o sus cargos en juntas de gobierno y Agrupación de Cofradías, donde fue cronista desde 1980 hasta 1988. Pero por encima de todo, pasará a la historia como un cofrade comprometido, que cumple cada año con la obligación de estar con su Hermandad de la Expiración vestido como marcan sus Estatutos.

Al hablarle de sus dos Hermandades, dice quererlas por igual. De hecho, su hija Inmaculada sigue su estela

en la nómina de las mismas dos cofradías. "Los Estudiantes es recuerdos de mi juventud y la Expiración lo es de mi niñez, de la compañía de mi padre. Por eso, para mí, el Cristo de la Expiración es mi vida y la Virgen de las Lágrimas es mi alma". No obstante, tiene claro cuál se irá con él cuando deje este mundo. Eso, que sea tarde, muy tarde.

Los zapatos de la comunión

En 1980, Luis Escalona publicó el libro "Anécdotas, curiosidades y vocabulario cofradiero de la Semana Santa giennense", donde recoge historias de tantas Semanas Santas como cuentan sus delicadas piernas y su lúcida memoria. De hecho, en la actualidad trabaja en una segunda edición que nos acerque a los hechos más recientes de las cofradías de Jaén.

No obstante, de todas las anécdotas, Luis se queda con una que ya relatara en el Pregón de la Semana Santa de 1996, y que demuestra dos aspectos muy comunes en todo nazareno, por un lado, el compromiso de quien acompaña a su Hermandad, y por otro, ese halo de vanidad que aporta el vestir el traje de estatutos.

"Cuando hice la Primera Comunión, en 1942, estaba enfermo de tifus, por lo que no pude recibirla en mayo con el resto de niños y tuve que hacerla el 16 de julio, festividad de la Virgen del Carmen. Entonces como es habitual, me compraron el traje y unos zapatos preciosos.

Cuando llegó la Semana Santa de 1943, mi ilusión era poder salir en la procesión y llevar los zapatos de la Primera Comunión porque eran muy bonitos. Y así lo hice, me los puse pero me estaban pequeños y en la calle Los Álamos ya no podía andar. No obstante, aguanté hasta la calle Tablerón. Allí me los quité y los enganché en el cíngulo. Sin embargo, la gente, al verme descalzo, decía: "mira, un nazareno pequeño y va de penitencia", y yo, al escucharles me decía para mí "penitencia antes, ahora lo que voy es en la gloria".

Alumbrar de paisano

Tras la Guerra Civil, en varias cofradías participaban hombres y mujeres con vela y sin túnica, y ello por un triple motivo: el tremendo arraigo a nivel popular de esta forma de hacer penitencia pública, la escasez de tela para confeccionar túnicas nazarenas y la penuria económica de la España de posguerra, y el hecho de que salir alumbrando a cada descubierta proporcionaba un excelente pasaporte religioso, una credencial de ser seguido a la Iglesia, baluarte del nacionalcatolicismo del régimen.

Aunque desde los años cuarenta hasta los sesenta del pasado siglo, pueden entremezclarse hombres y mujeres haciendo penitencia de paisano, es más usual que las mujeres tiendan a aglutinarse, en virtud de la diferenciación de sexos y de roles imperantes en la sociedad española del momento.

Las penitencias de paisano son una forma muy habitual en la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, para hacer promesa, acentuando la carga penitencial si se sale alumbrando descalzo hasta finales del pasado siglo. Hoy, no se permite procesionar sin la túnica y solo en casos expecionales, se aprecia a grupos de personas sin el traje de estatutos tras la procesión o el paso de la Imagen Titular, como ocurre tras el Santísimo Cristo de la Humildad.

El Nazareno Luz de Fe

Extracto de la conferencia pronunciada por D. Ramón Guixá Tobar el 4 de febrero de 2013

Mis palabras estarán inscritas en este Año de la Fe, para intentar expresar en qué consiste la fe cristiana del nazareno, del hermano de luz, ¡qué bella denominación y qué acertada!, pues es luz la que luce no solo en su mano sino, asimismo, en su corazón: *la luz de la fe*. Relataré cuál es el sentido de su presencia en la procesión, qué siente y qué mueve a un nazareno para ocupar ese puesto con fidelidad durante tantos y tantos años. Para ello usaré mi experiencia y la de otros tantos nazarenos, cofrades y amigos con los que he compartido momentos inolvidables y con los que he departido ampliamente, a lo largo de los años, de cuanto significa vestir la túnica, coger la vela y acompañar a Cristo y María por las calles de la ciudad que los ha visto nacer. Igualmente será básico en mi relato el ejemplo de muchos nazarenos ejemplares de todas las cofradías, a los que nadie conoce, porque pretenden pasar desapercibidos, pero que están cada año ahí. Será como un cuento de amor y fe, un relato desde luego apasionado, pero no por ello menos real. Al menos mi experiencia y la de muchos cofrades cercanos a mi, así lo atestiguan. Pocos desde fuera pueden imaginar cuál es el mundo interior de nuestros nazarenos, hasta qué punto caminan, estremecidos, haciéndole frente al cansancio de tantas horas, soportando parones y un demoledor paso lento a lo largo del recorrido.

Él, sobre todo, se sentía nazareno. Cuando no levantaba un palmo del suelo ya tenía un sueño repetido: participar como nazareno en los cortejos cofrades. Una extraña fuerza, cuya procedencia no sabría explicar, le había impulsado a ello. Era una de tantas intuiciones que respondían a ese singular deseo de infinito y plenitud que clamaba en su interior, desde el mismo día de su nacimiento, y, que durante toda su existencia no había sabido como acallar. Un reclamo abisal e insistente, que le hacía comprender que ninguna cosa de este mundo podría satisfacerle de igual manera. Sabía intuitivamente, misteriosamente, que, el día que fuera nazareno, podría al menos calmar parte de la ansiedad con la que había llegado al mundo en primavera, impidiéndole vivir, multiplicando su inquietud, su búsqueda constante de mundos nuevos.

Por eso, él, desde siempre, aún sin todavía serlo, se había sentido nazareno. Soñaba con ser nazareno. Debía ser nazareno; era su destino. Tanto es así que desde su juventud había rechazado en varias ocasiones, amablemente, con palabras corteses pero firmes, los ofrecimientos de muchos amigos y compañeros cofrades que deseaban a toda costa incorporarlo a la Junta de Gobierno de su Hermandad. Pero a él no le seducía la idea. Era otra cosa cuanto anhelaba. Desde luego valoraba a los que regían los destinos de la cofradía; sabía que era necesario que los cofrades mejor formados se implicaran en gestionar la vida diaria de la hermandad. Incluso disculpaba sus errores y salía en su defensa cuando, en ciertas ocasiones, eran masacrados inmisericordemente, con razón o sin ella, ¡qué más daba!, por la sempiterna coral de medianías: impotentes, revanchistas, envidiosas, dirigida siempre la insidiosa escolanía, desde un estrado invisible, por algún interesado corifeo que inducía con habilidad tales actitudes. Le indignaba cuando en los foros de los medios de comunicación, desde el más vil anonimato y, con total impunidad, algunos cofrades -¿cristianos?- crucificaban con improperios, calumnias y maldades a muchos de los que habían dado parte de su vida, con mejor o peor acierto, por servir a su Cofradía. En los Cabildos cofrades, en medio de intervenciones vehementes y otras veces definitivamente ignorantes, que por ello no merecían ser atendidas, recordándole aquel